

Javier Velasco Arias, «La alegría del Evangelio no es cómplice de la injusticia»,
Reseña Bíblica 38 (2003) 52-62

- **Introducción**

Es muy aleccionador hacer un recorrido por los textos del Nuevo Testamento que tratan sobre la alegría, con el fin de verificar: ¿quiénes son los «bienaventurados», los «felices»? ; ¿en qué consiste la alegría a la que nos llama Jesús? ; ¿quiénes son los «benditos» que heredarán el Reino?; ¿quiénes disfrutaban del «gozo del Espíritu»?...

Todos los pasajes que hablan de alegría, de gozo, de bienaventuranza, etc., también nos recuerdan la igualdad de todos ante el Reino, la necesidad de compartir, de preocuparse y ocuparse de los necesitados, de hacer comunidad, de cambiar la realidad para que ésta sea más justa...

No se puede entender la alegría del Evangelio separada de un compromiso serio por vivir el Evangelio, por proclamarlo, por hacer presente los valores del Reino, por compartir, por luchar para que sea respetada la dignidad de toda persona humana, conscientes que todos somos hijos del mismo Padre y, por tanto, hermanos.

- **Llamados a la alegría**

«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres» (Flp 4,4).

Esta llamada de Pablo a la alegría rebosante, que es constante en los escritos del Nuevo Testamento, nace de que en Jesús hemos conocido la verdad de Dios, la verdad de la salvación, la verdad que nos permite conocer que Dios nos ama con amor entrañable, infinito, fiel, personal...

La realidad íntima de Dios, aquello que la define es que *«Dios es amor»* (1Jn 4,8.16). Y todos y cada uno de nosotros estamos llamados a participar y compartir este amor.

«Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor» (1Jn 4,8).

«Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,16).

Sólo si nuestra vida está inmersa en el amor de Dios, si compartimos ese amor con todos los que nos rodean, podremos disfrutar de la auténtica alegría.

«Los discípulos estaban continuamente llenos de gozo y del Espíritu Santo» (Hch 13,52).

Un gozo que nace del Espíritu y que sólo es posible cuando lo importante en nuestra vida es el bien de los demás.

- **La alegría del Evangelio**

«Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal, antes bien, procurad siempre el bien mutuo y el de todos. Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» (1 Tes 5,15-18).

Pablo en su carta a los cristianos de Tesalónica les indica que la vivencia de la alegría continua, «siempre», es consecuencia de una ruptura con el mal. Significa no hacer mal o deseárselo a nadie, ni siquiera al que me está haciendo mal. Más aún, implica el desear y hacer siempre el bien a todos y a cada uno, también al que está buscando mi perjuicio.

Esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de nosotros. Es lo que el cristiano descubre en la constancia de la oración, en la relación íntima con el Señor.

- **¿A quienes llama felices el Evangelio?**

En el contexto que vivió Jesús, de forma similar a lo que ocurre en el nuestro, existía un grupo de personas, una minoría privilegiada que no tenía necesidad de nada. En este grupo se incluían los adinerados, los que detentaban el poder político (y religioso), los que no necesitaban nada porque eran los dueños de todo. Estos eran considerados por todos los «bienaventurados».

Y viene Jesús y, paradójicamente, afirma que los «felices» son los otros, los que no pertenecen a esa minoría privilegiada. Se dirige a ellos personalmente y afirma: «vosotros sois los afortunados».

«Volviendo su vista hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecen, cuando os apartan de sí, os colman de insultos y desechan vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Alegraos en ese día y saltad de gozo, porque he aquí, vuestra recompensa es grande en el cielo, pues sus padres trataban de la misma manera a los profetas» (Lc 6,20-23).

Y lanza lamentaciones contra los considerados socialmente satisfechos: son lamentables, dignos de lástima.

«Pero ¡ay de vosotros los ricos!, porque ya estáis recibiendo todo vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís!, porque os lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos

los hombres hablen bien de vosotros!, porque de la misma manera trataban sus padres a los falsos profetas» (Lc 6,24-26).

El cambio de perspectiva es imposible que pase desapercibido.

El evangelista Mateo amplía la lista de los «bienaventurados» (Mt 5,3-11), de manera que se podría hacer un esquema de los que en este evangelio son considerados los «felices», los dignos de honor y, por contraposición, los que no entran en esta perspectiva.

«bienaventurados», «felices»	«desventurados», «infelices»
Los pobres (de espíritu) ¹	Los que ponen su confianza en la riqueza
Los no violentos	Los que se imponen por la razón de la fuerza
Los que sufren	Los que buscan sólo el placer
Los hambrientos y sedientos de justicia (justicia: santidad, vivir según Dios, hacer presente el plan de Dios)	Los injustos, los que viven bajo una apariencia de justicia, los satisfechos
Los compasivos, los misericordiosos, los que viven el amor de donación, los que aman al prójimo como a sí mismos	Los que no les importa nada ni nadie para conseguir lo que quieren, los egoístas y egocéntricos
Los limpios de corazón: los «transparentes», los que no sólo se lavan las manos, sino que son «limpios» en su más profunda intimidad	Los hipócritas, los que sólo viven de «para la galería»
Los pacificadores, los constructores de la paz, los que irradian paz	Los violentos, los agresivos, los que nos les importan los demás
Los perseguidos por causa de la justicia, los que se implican en hacer presente el Reino de Dios hasta las últimas consecuencias	Los que no se complican la vida con nada, los que no tienen ideales, los amorfos

Pero Jesús, ¿por qué afirma lo contrario de lo que la experiencia nos enseña?. ¿Los que no tienen nada, cómo van a ser los felices?. O es que hay que esperar a la otra vida para ser felices.

¡No!. La perspectiva evangélica no puede ser un enfoque alienante que deje para la otra vida la solución de los problemas actuales. Jesús relaciona sus «bienaventuranzas» con el anuncio del Reino de Dios.

«Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt 4,23).

¹ El evangelio de Mt añade «de espíritu», que no aparece en el texto de Lc, como una aclaración a su comunidad. Llamar «bienaventurados» a los pobres no puede nunca significar una canonización de la pobreza. Es una situación a superar y sólo es posible desde un desapego de las riquezas superfluas.

Jesús trae una «buena noticia» y esa noticia es la llegada del Reino de Dios: Dios se hace presente en medio nuestro.

«El Reino de Dios ya está entre vosotros» (Lc 17,21).

La preposición ἐντός tiene el sentido de: dentro, en el interior, entre, en medio de. Por tanto, las palabras que pone el evangelista san Lucas en boca de Jesús indican que el Reino de Dios ya se ha hecho presente, está en medio de sus discípulos, dentro de ellos, forma parte de su vida comunitaria cotidiana.

Las «bienaventuranzas», la llegada del Reino, la presencia de Dios entre nosotros, es una realidad que inauguró Jesús y que llegará a su plenitud al fin de los tiempos, pero en la que nosotros, como discípulos / as de Jesús, estamos implicados en hacerlo presente ya.

Cuando repetimos en el «Padrenuestro» diariamente *«venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»* (Mt 6,10), estamos pidiendo que esta realidad se haga presente aquí y ahora, y nos estamos comprometiendo en crear las condiciones de posibilidad de esta presencia, conscientes de que Dios actúa en este mundo a partir de la libertad humana.

Somos responsables de que el Reino de Dios venga a nosotros, de que los valores del Reino tomen carta de ciudadanía entre nosotros, de que comiencen ya ahora a ser bienaventurados todos los marcados por el hambre, la guerra, la injusticia, la marginación, la soledad...

Somos responsables de que cada mujer y cada hombre sean respetados en su dignidad de personas, de que sean valorados por lo que son y no por lo que tienen (dinero, poder, prestigio, etc.).

Somos responsables de que todo ser humano vea en otro ser humano un hermano, al que ha de amar y respetar, porque todos somos hijos de un mismo Padre.

Somos responsables de que todos conozcan la Buena Nueva de Jesús, la cual posibilita que todos sean bienaventurados, felices, que disfruten del «gozo del Espíritu».

La Buena Noticia del Reino es para todos.

«Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo» (Lc 2,10).

La Buena Noticia del Reino es gracia, es decir algo gratuito que viene de Dios y es, al mismo tiempo, responsabilidad: implicarse en que este Reino se haga presente,

E implicarse también significa una nueva actitud ante la vida. Sólo los que renuncian a la codicia, a la violencia, a la injusticia, al poder por la fuerza... son aptos para el Reino.

Las «bienaventuranzas» describen al Pueblo de Dios, al estilo de los profetas del Antiguo Testamento (cf. Sof 2,3; 3,12-13), como el pueblo de los *anawin* del Señor, de los «pobres de Dios», aquellos que como no tienen nada, lo esperan todo de Dios.

Ver en este sentido como Pablo describe los componentes de la comunidad de Corinto: 1Cor 1,26-31, una comunidad mayoritariamente formada por gente sencilla.

No es una «canonización» de la pobreza, sino un cambio de perspectiva. Sólo puede ser feliz quien en su vida ha renunciado a considerarse el centro del universo, sin importarle, por tanto, los demás. Sólo puede ser feliz el que ha aprendido que todo lo que tienen y todo lo que hace tiene un valor social, está abierto al bien común y no sólo al bien propio.

El seguimiento de Jesús significa participar de la familia de Dios: considerar a Dios el Padre de todos y cada uno de los seres humanos y, en consecuencia, tratar a cada mujer y a cada hombre como mi hermana y mi hermano.

- **María, la bienaventurada**

María es una mujer del pueblo, sencilla, pero, sobre todo, una mujer de fe.

El evangelista san Lucas aplica a María los apelativos de «bienaventurada», «bendita». Es una mujer que disfruta del «gozo» de la salvación de Dios. María pertenece al grupo de afortunados a quien se dirige Jesús y que no tienen nada que ver con los que el mundo considera bienaventurados.

«Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”» (Lc 1,26-33).

Ella es capaz de entender y responder al llamamiento al gozo mesiánico, en cuya realización jugará un papel principal. Es la esperanza de la que se hacen eco los profetas del Antiguo Testamento y que está presente en los sencillos del pueblo de Israel.

«Dad gritos de gozo y de júbilo, moradores de Sión, que grande es en medio de ti el Santo de Israel» (Is 12,6).

«¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén!» (Sof 3,14).

Es la alegría de quien sabe descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos, sabe intuir la acción salvadora de Dios y pone su vida entera al servicio de los planes de Dios.

«Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”» (Lc 1,41-45).

María es transmisora de gozo, de alegría, porque lleva consigo a Jesús. Ella es portadora de felicidad. Es bienaventurada porque se ha fiado de Dios.

Porque ha confiado en las palabras del Señor, porque su vida se identifica con la voluntad de Dios, porque lleva consigo al Salvador, es feliz y contagia felicidad.

El precioso cántico del «Magnificat» (Lc 1,46-55), que recuerda muchos pasajes del AT, es un canto a un Dios misericordioso, a un Dios que está siempre al lado del necesitado.

María describe a Dios como: grande, salvador, poderoso, su nombre es santo, misericordioso, hace proezas, está al lado de los necesitados, se opone a los satisfechos, es fiel a la Alianza con su pueblo.

Lo central de su canto es cantar las grandezas del Señor. Un Dios cuya grandeza y poder está definida por su misericordia, por su predilección por los marginados, por su fidelidad a su pueblo.

El papel de María está en función de los designios de Dios. Y por ello María: proclama la grandeza de Dios, se alegra en Dios salvador, es humilde (se humilla voluntariamente ante la excelencia divina), recibirá felicitaciones por la acción de Dios en ella (la llamarán bienaventurada).

Los contrastes que veíamos en las «bienaventuranzas» también aquí los encontramos:

Soberbios	Humildes
Poderosos	
Ricos	Hambrientos
↓	↓
dispersados	sujetos de la misericordia divina
derrribados de su trono	enaltecidos, exaltados
despedidos sin nada	colmados de bienes

María hace suyo el plan de Dios y se convierte en protagonista necesaria de la acción divina. Ella es la mujer de fe por excelencia, cuya vida está en función de hacer presente el Reino de Dios en medio de todas las mujeres y de todos los hombres. Un Reino en el que la felicidad, la bienaventuranza, dejarán de ser unos privilegios de los satisfechos, para abrirse a todos. Y ésta es la realidad que vino a hacer presente su hijo Jesús.

- **El gozo del Espíritu**

Pablo desarrolla, en la carta a los cristianos de Galacia, en qué consiste el fruto del Espíritu, contrario a las obras de la carne. Lo que enfrenta es una vida de espaldas a Dios y a los demás y una existencia conforme a la voluntad divina. La bondad humana, el bien de la persona, es un don de Dios, un fruto del Espíritu.

«Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley» (Gal 5,19-23).

«Las quince obras de la carne (vv. 19-21a) están todas afectadas por algún mandamiento del Decálogo. En cambio, el fruto (en singular, porque nace como un árbol entero) del Espíritu, expresado en forma de nueve actitudes, entre las que se incluye el amor y la fe, supone una superación por exceso de los mandamientos del Decálogo (vv. 22-23a)».²

La alegría forma parte de esas nueve actitudes, que constituyen el «fruto» del Espíritu, integrando una unidad indivisa entre ellas. Es imposible vivir la alegría como don del Espíritu Santo sin renunciar a las obras que nos apartan de Dios y nos enfrentan a los hermanos, pero, sobre todo, sin aceptar el «fruto» del Espíritu, que Dios nos ofrece. Un «fruto» que implica que la vida del cristiano esté impregnada de amor, paz, paciencia, afabilidad, bondad, etc. La alegría, desde esta perspectiva, no tiene nada que ver con un placer pasajero, con una risa fácil y, menos aún, con inhibirse de las necesidades del prójimo.

A pesar de las dificultades e incluso de las persecuciones, lo que distingue a los discípulos de Jesús es el gozo del Espíritu.

«Los discípulos estaban continuamente llenos de gozo y del Espíritu Santo» (Hch 13,52).

El autor de los Hechos puntualiza que estaban «llenos». El gozo que proporciona la vida según el Espíritu no es un barniz superficial, sino que transforma totalmente la existencia.

Vivir el gozo en el Espíritu implica no hacer nada que no sea para el bien del otro. Significa, incluso, renunciar al propio criterio, en algo no fundamental, por el bien del hermano débil en la fe.

En Rom 14, Pablo pone las bases de la edificación comunitaria, fundamentadas en el respeto de la conciencia del otro, más aún, en no buscar imponer las propias convicciones, cuando éstas no afectan al fundamento de la fe, e incluso guardarlas para uno mismo si producen escándalo.

Lo prioritario es buscar el bien del hermano, el bien comunitario, la edificación del Reino de Dios en el gozo del Espíritu.

² JORDI SÁNCHEZ BOSCH, *Escritos paulinos*, Estella 1998, p. 270.

«Si por un alimento tu hermano se entristece, tú no procedes según el amor» (Rom 14,15).

«Porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rom 14,17).

La construcción del Reino de Dios no tiene nada que ver con discusiones estériles, sino con la práctica de la justicia, con la construcción de la paz, con la vivencia, en consecuencia, del gozo que viene del Espíritu Santo.

El que ha acogido en lo íntimo de su ser la Palabra de Dios y la ha hecho fructificar, a ejemplo de Jesús y de tanto hombres y mujeres, discípulos de ese Jesús a lo largo de los siglos, es quien puede vivir en el gozo del Espíritu, a pesar de las dificultades, de las tribulaciones, de las injusticias. Y es así porque está empeñado en que esa Palabra de Dios transforme el mundo y cambie los corazones de todos los hombres y de todas las mujeres.

«Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones» (1Te 1,6).

- **Un gozo pleno, completo**

Es en los escritos joánicos, principalmente, donde encontramos una llamada a vivir el gozo del seguimiento de Jesús, del compromiso en su causa, de una forma plena, perfecta, completa. Un gozo que ni las dificultades ni las aflicciones podrán contra él.

«Vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (Jn 16,22).

La presencia de Cristo entre sus discípulos es la garantía de dicho gozo.

«Vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16,20).

Permanecer en el amor de Dios, en el amor de Jesús, en el amor al que están llamados a vivir todos sus discípulos como distintivo, en esto consiste el gozo perfecto.

«Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea perfecto. Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado. Nadie tiene un amor mayor que éste: que uno dé su vida por sus amigos» (Jn 15,11-13).

Un amor al estilo de Jesús, como ama Jesús, un amor más fuerte que la muerte. Sólo así se puede disfrutar del gozo perfecto.

Un amor dispuesto al heroísmo, aunque antes probado en la actitud cotidiana de servicio. No siempre podremos demostrar que estamos dispuestos incluso a la muerte

por amor, sí que podemos mostrar nuestro amor en la actitud diaria de servicio. Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios, se «remanga» para lavar los pies a sus discípulos (Jn 13,1-17).

«Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13,15).

Aquel que entiende su vida como servicio a los demás, y lo pone en práctica, es el auténticamente feliz.

«Si sabéis esto, seréis felices si lo practicáis» (Jn 13,17).

No es suficiente con saberlo, es necesario practicarlo.

- **Una alegría no evangélica**

Ya hemos visto cómo todo el Nuevo Testamento considera «felices», «bienaventurados», a aquellos que son juzgados por el mundo como desgraciados. También constatamos que dicha situación no es una realidad palpable aquí y ahora, sino una tarea a realizar en la que están implicados todos/as los/as discípulos/as de Jesús.

Pero los escritos neotestamentarios también se hacen eco de una alegría que nada tiene que ver con los valores del Evangelio.

En la primera carta a los Corintios, Pablo habla de dos tipos de alegría que son irreconciliables.

«(El amor) no se regocija de la injusticia, sino que se alegra con la verdad» (1Cor 13,6).

Hay una alegría asentada en la injusticia y otra cuyo fundamento es la verdad. El Apóstol pone en guardia contra la primera: no nace del amor, y mucho menos del amor de donación. Son dos formas de entender la felicidad que caminan paralelas, que no tienen nada en común.

El evangelio afirmará que el gozo cimentado en la injusticia es efímero, no es verdadero, no tiene futuro. Una parábola que ilustra esta tesis es la del rico egoísta y el pobre Lázaro: Lc 16,19-31.

Esta parábola está inserta en un capítulo que trata todo él de la actitud ante las riquezas. Las afirmaciones de Jesús, *«no podéis servir a Dios y al dinero»* (v. 13b), contrastan con los gestos de algunos de los oyentes *«que eran amigos del dinero, y se burlaban de él»* (v. 14).

La descripción que hace del «rico» es somera, pero precisa: *«Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas»* (v. 19). El cual inmerso en su continua «alegría festiva» ni siquiera es consciente de que un pobre –su nombre es Lázaro: no es un ser anónimo, es alguien que tiene un nombre, una dignidad– está a la puerta de su casa *«cubierto de llagas»* (v. 20b) y deseando *«hartarse de lo que*

caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas» (v. 21). Los perros son más misericordiosos que algunos seres humanos.

En esta parábola vuelve a constatarse que el Dios de Jesús siente predilección por los pobres, por los marginados. Los ricos, los satisfechos, los indiferentes ante las necesidades ajenas, están condenados al aislamiento, a la angustia, a la decadencia, a la esclavitud del dinero (vv. 22-31).³

No hay una condena propiamente de la riqueza, sino de la insensibilidad ante el sufrimiento del otro. No se puede ser auténticamente feliz sin preocuparse por la situación concreta de los hombres y las mujeres que nos rodean, sin preguntarse constantemente: ¿cómo está mi hermano o mi hermana?

- **Conclusiones**

El breve recorrido que hemos realizado, a través de los diferentes escritos del Nuevo Testamento, nos ha servido para constatar que la Buena Noticia de la alegría que proclama Jesús no siempre se identifica con la alegría que encontramos a nuestro alrededor, también entre los/las que nos llamamos cristianos/as y en el vivir de cada día de nuestras comunidades, también cristianas.

El «gozo» que nace del Espíritu Santo, y al que todos/as estamos llamados/as, tiene su fuente en el amor entrañable de Dios, un amor para vivir y compartir. Un amor que es más fuerte que el mal y la injusticia.

El Evangelio de Jesús nos interpela a luchar para que todos los hombres y mujeres, de una manera especial los pobres, los marginados, los que carecen de todo, participen de la «felicidad», sean auténticamente «bienaventurados». Y para esto también es necesaria una actitud en la que no cabe el egoísmo, en la toma de conciencia de que no puedo ser feliz de una manera plena si no aprendo a compartir, si no estoy convencido de que todo lo que poseo y todo lo que hago ha de estar abierto a las necesidades del otro.

Estamos llamados a un gozo pleno, completo; la presencia de Cristo entre nosotros es la garantía de que dicho gozo es posible. Pero, dicha alegría solo es viable desde la experiencia del amor de donación, un amor probado en la actitud cotidiana de servicio a los demás.

No podemos caer en el espejismo de una alegría fundamentada en el solo placer, o en la posesión de cosas. Esta alegría no tiene consistencia, no es duradera, no tiene futuro.

La alegría del Evangelio, que no es cómplice de la injusticia, es una tarea a realizar. La Buena Nueva de Jesús inauguró entre nosotros el Reinado de Dios, ésta es ya una realidad en medio nuestro, pero es también una presencia con vocación de plenitud. Una plenitud que pedimos cotidianamente en la oración del Padrenuestro: «venga a nosotros tu Reino», pero en la que nos debemos sentir todos/as comprometidos.

³ JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO, *Leer el Evangelio*, Barcelona 1980, pp. 359-360.